

tarea constante y abrumadora! ¡Daba á la política su salud y su vida, en tanto que allí podía encontrar la tranquilidad, las caricias consoladoras, el alivio de toda fiebre! ¡Todavía se veían encima de la mesa papeles y libros hojeados en otro tiempo!

Adriana salía con los ojos enrojecidos de aquellas especies de peregrinaciones á la felicidad. Tomaba el coche, y con la punta de la lengua mojaba su pañuelo de batista para pasárselo por los ojos, á fin de que Sulpicio no conociera que había llorado.

Y en el barrio de Saint Honoré, donde todos conocían perfectamente su carruaje de ministro, al verla pasar, había mujeres, tenderas, ó modistas ú obreras que, envidiosas, meneaban tristemente la cabeza y decían:

— ¡La mujer del Ministro!..... ¡Ah, qué feliz es ésa!..... ¡Cómo se le han realizado sus ilusiones!

II.

Mariana estaba satisfecha. No porque su ambición se viese enteramente cumplida, sino porque, después de todo, á falta de Rosas, no era de despreciar Sulpicio. Un Ministro es siempre un perso-

naje. Jamás hubiera podido soñar en un desquite tan inmediato.

Inmediato sí, pero tal vez no suficiente. Aquella hambrienta tenía más apetito cuanto más comía; y andaba buscando en su imaginación algún medio para, aprovechando la circunstancia de dominar completamente á Vaudrey, dar un golpe de mano que hiciese su fortuna. ¿Qué se le podría pedir ó exigir á Sulpicio? Ella recordaba las historias fantásticas de grandes negocios, de grandes contratas ruinosas para el Estado, pero que producían en un momento pingües beneficios para algunos privilegiados. La cosa para ella era querer simplemente, porque el Ministro se le entregaba atado de pies y manos. Ya encontraría un medio. Mariana conocía á su querido perfectamente, con todas sus candideces, todas sus debilidades; porque delante de aquella mujer hastiada de amor, Vaudrey, franco como él solo, se dejaba ir á confianzas íntimas, abriendo su corazón, descubriéndose en aquel duelo con una mujer corrida: duelo de interés que él tomaba por amor verdadero.

Mariana lo había estudiado atentamente y luego lo clasificó:

— ¡Un cándido!

Comprendía que en aquel hotel de la calle de Prony, donde no se hallaba en su casa, pero donde se había instalado como en país conquistado, Sulpicio tenía verdaderos desvanecimientos. Cuando entraba allí entraba en un mundo nuevo para él, como un lugareño, según solía llamarlo Granet con mucha frecuencia.

El tío Kayser iba con frecuencia á ver á su sobrina, y como era muy severo en materias de arte, siempre lanzaba miradas despreciativas á la multitud de *bibelots* de pacotilla—frase suya favorita—que llenaba toda la casa.

—Toda esta instalación carece de austeridad—decía á Mariana, sin dejar de fumar su grosera pipa arrellanado en un diván, ni más ni menos que hubiera podido hacer en su estudio de pintor.

Luego, con tono cínico y mirando al techo, como si siguiése con la vista algún fantasma misterioso, añadía:

—Muchos negocios debe hacer tu dichoso Ministro, si todo esto sale del Ministerio.

Mariana le interrumpía. No tenía para qué mezclarse en cosas que no le importaban, y sobre todo debía callar. ¿No sabía que Vaudrey era casado? La menor indiscreción....

—¡Oh! ¡no tengas cuidado!—interrumpía el

pintor.—¿Yo? ¡Mudo y sordo como una tapia.— Tanto más cuanto que maldito si está bien hecho lo que haces, porque al fin y al cabo te has escapado de casa..... En fin, esto no está feo, pero no es lo que debe ser una casa severa y elegante..... ¿Y á qué hora viene tu Ministro? Quisiera hablarle.....

—¿Para echarle un sermón?—preguntó Mariana, mirando á su tío con aire irónico.

—No por cierto. Yo debo ignorar..... No; es que tengo un proyecto para decorar uniformemente todas las alcaldías de barrio de París, y pienso proponerle..... *El matrimonio moderno*, ¡una alegoría!..... *La ley imponiendo el deber al amor*. Algo bien sentido y moralizador. Cuadros que hagan pensar, porque la sola contemplación de las obras de elevación y de buen gusto influye poderosamente sobre las costumbres y las masas..... ¿Comprendes?

—Perfectamente. Es decir que queréis proponerle un negocio.

—Esa palabra no me suena bien! ¡Un negocio! ¿Acaso los verdaderos artistas piensan en hacer negocios? Los verdaderos artistas obedecen á su inspiración, persiguen un ideal..... ¡Negocio!..... ¡un negocio! ¡Bah!..... Eres capaz de quebrarle las

alas á la misma fe.... Oye, nena, ¿tienes todavía de aquel Kummel tan rico que me diste el otro día?

Mariana se esforzaba por evitar que su tío Simón pudiese molestar á Sulpicio con sus solicitudes y pretensiones, porque quería guardar para sí toda la influencia del Ministro.

Verdad es que nada tenía que temer. Sulpicio le pertenecía más aún de lo que ella misma sospechaba. Como tantos otros que han envejecido sin vivir, Sulpicio no conocía á la *mujer*, y la tal Mariana era diez veces mujer, mujer-niña, mujer-amiga, mujer-cortesana, mujer-prostituída; y cada día, cada noche se le aparecía bajo un aspecto nuevo inesperado, capaz por sí solo de inspirar violentísima pasión á un hombre de las condiciones de Vaudrey.

Y todo lo de ella, hasta aquella casa lujosa llena de perfumes excitantes y de sensualismo, le enloquecía. Detrás de aquellos espesos cortinajes del cuarto-tocador, admirablemente tapizado, cuyas alfombras parecían puestas para andar por ellas con los pies descalzos, del mismo modo que el elegante sofá que se veía en un testero parecía hecho para las languideces del cuerpo en los momentos de placer, Sulpicio contemplaba el gran

armario de triple espejo donde se reflejaba la inmensa piedra de mármol del lavabo con sus grifos de plata, la palangana de plata llena de agua perfumada, y los botes con tapadera del mismo metal, donde se veían primorosamente grabadas sus iniciales, y los magníficos peines en marfil y concha, y las tijeras, y las limas, y las pinzas, y el sin fin de objetos de tocador; y en medio de todo aquello, á Mariana que iba y venía de una parte á otra mirándole, sonriéndole, con el cabello destrenzado y los hombros y el pecho desnudos, disponiéndose para entrar en el cuartito contiguo, donde en magnífica pila de mármol blanco humeaba el agua tibia del baño que iba á recibir aquel cuerpo sonrosado que él acariciaba con estremecimientos de mozaibete inexperto.

Y Sulpicio no podía olvidar un punto aquel recuerdo que lo perseguía insistente por todas partes, en el Parlamento, en el Consejo de Ministros, en su despacho, y hasta cuando se hallaba al lado de Adriana. Su esposa, al verle casi siempre absorto, no trataba de interrumpir sus reflexiones, políticas sin duda alguna, y él, entretanto, pasaba las horas muertas ocupado aparentemente en cualquier cosa, pero en realidad sin hacer más que acariciar con la imaginación el recuerdo de aque-

llas formas femeniles, las inflexiones de aquel cuerpo de mujer.

Preciso era que Vaudrey tuviese una inteligencia privilegiada y una fuerza de voluntad extraordinaria, para olvidar de pronto sus recuerdos y sus visiones, cuando veíase obligado repentinamente á subir á la tribuna ó á contestar á una pregunta de alguno de sus colegas en pleno Consejo de Ministros. Y Sulpicio se multiplicaba, encontrando en el estado de su ánimo cierta excitación nueva, una especie de latigazo nervioso producido por aquel amor que le rejuvenecía. En el Parlamento no se le había visto nunca tan activo y diligente. En el Ministerio decididamente se había propuesto demostrar á todos, y al dichoso Warcolier principalmente, que servía para trabajar y que era el hombre de las grandes iniciativas. El Presidente del Consejo, el señor Collard, solía decir á Sulpicio:

—Pecáis por exceso de celo, mi querido Vaudrey. ¡El hombre de Estado debe ser algo más frío y menos apasionado!

—¡Ya lo seré menos cuando sea más viejo!— contestaba Sulpicio sonriendo.

De cuando en cuando iba á pedir consejos á Ramel, como había prometido. Los tenderos de la

calle de Boursault no sospechaban ciertamente, al ver un coche que se detenía á la puerta de la casa del antiguo periodista, que de él bajaba un Ministro.

Sulpicio experimentaba á veces, en medio de la agitación de su vida, verdadera necesidad de charlar un rato con su antiguo amigo. Por otra parte, la calle de Boursault estaba en el camino de la de Prony, y unas veces por hacer tiempo, otras porque Mariana había salido, con mucha frecuencia Sulpicio iba á ver á Ramel.

—¿Estáis contento de mí?—le decía.

—¿Cómo no he de estarlo? Sóis un hombre honrado, fiel y leal á vuestras ideas. Así es que no temo por vos, sino por la gente que tenéis alrededor vuestro.

—¿Warcolier?

—Warcolier y otros muchos de esos personajes importantes que me preguntan desdeñosamente—cuando se dignan saludarme—con cierto aire de superioridad y de protección: «¿Qué, ya no hacéis nada? ¿Cuando váis á hacer algo?» Como si no hubiera hecho demasiado ya.

Y Dionisio Ramel se sonreía, en tanto que el Ministro contemplaba con ademán respetuoso aquel combatiente siempre á vanguardia, aquel

trabajador que jamás había querido tomar recompensa alguna y que jamás la había pedido.

—Yo quisiera—decía Vaudrey—que hicieseis otro periódico para seguir diciéndoles verdades.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿No veis que un periódico que dijese la verdad á todo el mundo no viviría ni seis meses, puesto que nadie lo compraría?

Un día en que Vaudrey estaba de visita con su amigo, y que se preparaba á salir, llamaron á la puerta de casa de Ramel.

—¡Caramba, qué casualidad! ¡una visita! ¡Perdonad, mi querido Vaudrey, vengo en seguida!

Y Dionisio fué á abrir.

Era un hombre de unos cincuenta años, vestido como los obreros pobres, con una chaqueta raída y un pantalón con las rodillas lustrosas, el cual entraba con la gorra en la mano. Flaco, pálido, con aspecto fatigado, con la tez morena y con una voz enronquecida. Saludó tímidamente, repitiendo por dos veces «perdonad, señores», y permaneció de pie en el umbral de la puerta, sin acercarse ni volver atrás, turbado y sonriendo.

—Perdonad, señores, si molesto..... ya volveré.

—¡Entrad, Garnier!—dijo Ramel.

El hombre entró, saludando á Vaudrey, á quien

no conocía, y obedeciendo una seña de Ramel se sentó en el filo de una silla sin dejar de dar vueltas entre sus dedos á la grasienta gorra que llevaba. A veces se llevaba una mano á la boca para detener en los labios una tos seca que lo ahogaba y que á primera vista acusaba una laringitis.

—¿No me pedíais que dijese las verdades?.....

¡Pues, escuchad un poco! ¡un minuto nada más!

—dijo Ramel en voz baja al oído del Ministro.

Y, sin nombrar á Sulpicio, empezó á interrogar á Garnier, quien un poco más tranquilo ya, hablaba, charlaba con animación sin hacer caso de las rosetas alarmantes que sus esfuerzos hacían asomar á sus pálidas y chupadas mejillas.

—¿Qué tal el trabajo, Garnier?..... ¡Oh! podéis hablar con franqueza delante de este caballero, porque le interesa.

El pobre hombre se encogió de hombros y sonrió tristemente con cierta amargura no exenta de resignación. Confesaba, sin quejarse, todo lo que estaba sufriendo. Todo estaba muy mal. Y parecía que en toda Europa pasaba otro tanto. El caso es que en su taller no había casi trabajo ninguno. El maestro, un buen hombre que ya estaba viejo, había procurado vender su taller de cerrajero, pero no había encontrado quien se lo comprase. Así es

que se vió obligado á cerrar la tienda, porque estaba enfermo, y los cuatro ó cinco oficiales que tenía se encontraban en la calle. Eso es. Afortunadamente, él, Garnier, no tenía mujer ni hijos, ni nada más que su persona, y de ese modo del mal el menos. ¡Pero los otros que tenían casa y chiquillos! Rousselet, que el pobre tenía nada menos que cinco, lo pasaría, de seguro, bien mal.

Debería haber cajas de socorros ó de crédito, ó de cualquier cosa, pero algo, para evitar esas miserias tristísimas que generalmente no eran merecidas.

—¿Os ocupáis de política?—preguntó Vaudrey, que sentía excitada su curiosidad, porque adivinaba una inteligencia firme en el cuerpo de aquel pobre viejo abatido y enfermo.

Garnier miró á Ramel antes de contestar, y luego dijo lentamente:

—¡Oh! ahora ya no. Todo se acabó para mí. Voto como cada hijo de vecino, pero dejo que allá se las hayan los jóvenes. Yo pasé ya todo cuanto había que pasar.

Y dijo esto en tono bajo, sin rencor, pero como lleno de recuerdos tristísimos.

—Es, sin embargo, chocante—añadió luego el obrero—que cuanto más cambian las cosas, más

se parecen. En vez de ocuparse en interpelaciones y discursos allá en la Cámara, ó de echar á tierra Ministerios y levantar otros, valiera más que pensarán un poco en los infelices que se mueren de hambre, y hay que confesar que son muchos. ¿Qué me importa á mí que sea Ministro Picherau ó que lo sea Vaudrey, si no sé dónde iré á dormir el día que se me acaben los cuartos que tengo ahorrados, ni si el panadero me fiará cuando sepa que no tengo trabajo?

Ramel, al oír nombrar á Vaudrey, había querido hacer una seña al obrero; pero Sulpicio bruscamente cogió la mano de su antiguo amigo y se la apretó, como para rogarle que callase y dejara que lo dijese todo. Aquella voz de obrero, entrecortada por la tos de la tisis, no era voz que oía con frecuencia.

—Y cuidado que yo no soy bullanguero ni perturbador, ¿no es verdad, señor Ramel? Yo siempre he estado contento con mi suerte.... Si tiene uno trabajo, trabaja y está satisfecho. Todo va bien entonces.

Para mí ahora la política es mi trabajo; si me rompiese el alma para llevar periodistas al poder—y perdonad, señor Ramel, pero bien sabéis que no lo digo por vos—supongo que no me pondría más

29834

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

gordo ni adelantaría nada. Pero quisiera que me dejaran trabajar y comer tranquilamente. ¿No podríais recomendarme á algún taller, señor Ramel? ó á cualquier parte, porque estoy dispuesto á hacer lo que quieran, aunque fuese escribir. En rigor preferiría eso, eso de escribir, aunque no lo entiendo mucho, porque ya el fuego de la fragua, el carbón y el calor, como estoy viejo, me hacen mucho daño..... ¡Verdad es que después de todo, para lo que yo hago en este mundo!.....

Vaudrey se sentía conmovido hasta el fondo del alma, oyendo aquella voz doliente y armoniosa de un tísico, y viendo aquella miseria verdadera, aquella pobreza y aquella reivindicación del trabajo. Todo lo que se agitaba en la Cámara, en comisiones y subcomisiones, en la tribuna y en los pasillos, discusiones, competencias, cuestiones personales disimuladas por la apariencia del interés general, le parecía de pronto pequeño y vano, estrecho y egoísta, al lado del terrible problema del hambre, planteado allí sin ambages por aquel hijo del pueblo, que no era el sublevado de los días de agitación, sino el hermano desgraciado, el eterno Lázaro que sin amenazas, con sencillez y con tristeza preguntaba:

—¿Y yo?

Hubiese querido, sin darse á conocer, socorrer de alguna manera á aquel infeliz, prometerle un destino; pero no se atrevía ni á ofrecer, ni á decir cómo se llamaba. El hombre hubiera rechazado su socorro, y el Ministro, á pesar de todo aquel personal numerosísimo que comía del Ministerio, no podía dar ni un destino al infeliz obrero trabajado por la tisis.

—Volveré, y hablaremos de él—dijo á Ramel al levantarse, señalando á Garnier con disimulo.—No le digais quién soy, porque os aseguro que me daría vergüenza..... ¡Pobre diablo!

—¡Multiplicadlo por tres ó cuatrocientos mil, y haced política—dijo Ramel.

Vaudrey saludó al obrero, que le devolvió su saludo levantándose respetuosamente, y el Ministro bajó con rapidez la escalera de la casa y se metió en su coche, presuroso por alejarse de allí.

Llevaba consigo cierto remordimiento, y parecía estar oyendo aún aquella voz lastimera que le decía:

—¿Qué me importa á mí, que sufro tanto, que sea ministro Picherau ó que lo sea Vaudrey?

Al llegar al Ministerio se encontró con un telegrama llamándolo con urgencia al palacio del Elíseo.

Allí supo una noticia que cayó para él como una bomba. El señor Collard acababa de ser atacado en un pasillo de la Cámara por una apoplejía fulminante. El presidente del Consejo había muerto de repente, y en él, en Vaudrey, había pensado el jefe del Estado para que formase Ministerio, sustituyendo en la presidencia del Gobierno al señor Collard.

¡Presidente del Consejo de Ministros! ¡Él, Vaudrey! ¡Jefe del Gobierno! ¡El primero en su país después del jefe supremo! El asombro y el gozo que le producía semejante proposición no le dejaba ni tiempo ni presencia de ánimo para condolerse por la muerte del señor Collard. Además Sulpicio nunca había querido, aunque le había frecuentado, á aquel amigo político, al severo abogado, que á veces llevaba al Gobierno opiniones de otros tiempos y procedimientos rutinarios. La oferta del Presidente de la República le demostraba que su propia popularidad y su influencia en el Parlamento habían aumentado desde su entrada en el Gabinete. ¡Ahora podía hacerse una personalidad mayor! ¡Qué gloria para Grenoble! ¡Y qué cara pondría Granet!

Sulpicio anhelaba dar á Adriana esta noticia, que no sería oficial hasta después de los funerales

de Collard. Entró casi como un triunfador en el palacio de la plaza de Beauvau. Sólo un pensamiento, una imagen sombría turbaba su gozo: no el recuerdo de Collard, sino el del hombre á quien había visto en casa de Ramel, y el cual, después que el *Diario oficial* hubiese publicado su entrada en la presidencia del Consejo, se encogería de hombros y diría irónicamente:

—Bien, ¿y qué?

Apenas había pronunciado al oído de Adriana estas palabras: «Presidente del Consejo, soy Presidente del Consejo», cuando sin asombrarse de la sonrisa casi indiferente de la joven, le dijo que debía hacer una visita inmediatamente á la Presidencia del Consejo, donde se hallaba el cadáver de Collard.

Hizo que el carruaje le condujese allí. A la puerta del palacio se detenían multitud de coches, de donde bajaban hombres de aspecto grave, con botones de condecoraciones en el ojal de la levita, que entraban dándose aires de personas importantes, y que silenciosamente inscribían sus nombres y apellidos en una lista colocada en una mesa preparada al efecto. Todos abrieron paso al ver á Vaudrey. Parecíale que instintivamente adivinaban que una vez muerto Collard él era su heredero, el

hombre necesario, el Presidente del Consejo, el jefe del Ministerio que debía formarse en seguida.

—¡Pobre Collard!—pensaba Vaudrey al poner su nombre en la lista.—Nadie podrá decir gran cosa del *Ministerio Collard*, pero sería muy hermoso que pasase á la historia el *Ministerio Vaudrey*.

Y volvió al palacio de la plaza Beauvau lleno de esa idea. En la antesala había más gente que de costumbre, más pretendientes que esperaban. Al ver á Vaudrey uno de ellos se levantó, y corriendo hacia él le dijo, á pesar de que Sulpicio no se detenía:

—¡Ah, señor Ministro!..... ¡Qué desgracia!..... ¡El señor Collard!..... ¡Si no hubiese para reemplazarle hombres eminentes como vucencial!.....

Vaudrey saludó sin contestar.

—¿Cómo se llama ese caballero?—preguntó, una vez en su despacho, al portero que lo había seguido—siempre me lo encuentro y nunca sé cómo se llama.

—¿Ese, señor Ministro? ¡pues si es el señor Eugenio!

—¡Ah! eso es..... Justo..... Inamovible, el señor Eugenio.

Precisamente en aquel momento Warcolier

abría la puerta con aire, más que triste, malhumorado, y llevando en la mano una carta que estrujaba furioso, al mismo tiempo que pronunciaba un sin fin de frases huecas y campanudas sobre la muerte brutal, inesperada, repentina, dramática de Collard. De cuando en cuando, y sin dejar de hablar, Warcolier lanzaba involuntariamente sobre el papel que estrujaba entre sus dedos una mirada colérica, tan elocuente, que al fin Vaudrey, un poco curioso, le preguntó qué carta era aquélla.

—¡No me habléis!—dijo el subsecretario.—¡Un imbécil!

—¿Qué imbécil es ése?

—Un imbécil á quien parece que no recibí muy bien, aunque yo siempre hago lo posible en recibir á todo el mundo con amabilidad.

—Bueno; ¿y qué?

—Salió furioso sin duda de mi despacho, y á mí, á mí, al subsecretario, mirad la carta que tiene el atrevimiento de escribirme. Oid, señor Ministro, oid: «Señor subsecretario de Gobernación: Tenéis á vuestras órdenes un secretario muy mal educado y que os hará muchos enemigos. Os lo advierto. Como sois su inmediato superior, me permito denunciaros su conducta, etc., etc.» ¿Os reis?—dijo Warcolier al ver la sonrisa de Vaudrey.